

El 15 M y la razón indignada¹

El año 2011 será recordado, sin duda, como el año de las revoluciones árabes y el del ascenso del movimiento de l@s indignad@s. Hemos asistido desde entonces a la emergencia de un nuevo ciclo internacional de protesta, cuyo pistoletazo de salida inicial fueron los acontecimientos en el mundo árabe, que tiene su elemento motriz en la lucha contra los efectos de la crisis y las políticas que buscan transferir su coste a las capas populares. Por el momento su fuerza es muy desigual país por país. En algunos la profundidad social de la rebelión popular ha sido enorme, en otros sólo ha comenzado siquiera a despuntar.

Hay que entender la ola en curso como un proceso que tiene unas características generales, que deben interpretarse en su globalidad y, al mismo tiempo, una concreción específica en cada país. No se trata de disolver las particularidades de cada situación nacional-estatal en un esquema generalizador, ni al contrario, de tener una visión fragmentaria del proceso. El movimiento del Estado español no es una mera réplica importada de la Primavera Árabe, ni Occupy lo es del primero. El15 M en el Estado español y Occupy Wall Street en EEUU o el movimiento de las plazas en Grecia, son fenómenos españoles, norteamericanos y griegos específicos, arraigados en un contexto determinado que intersecciona con el contexto político y económico global. Han sido movimientos con características propias, pero interrelacionados e interdependientes que, desde su propia singularidad, forman parte y se sienten partícipes del mismo ciclo global.

El 15 M en el Estado español, así como Occupy Wall Street en EE UU, el primero con más fuerza que el segundo, han cambiado radicalmente el clima y el paisaje político y los debates en la esfera pública, marcando nuevos temas en la agenda política y mediática y dando cauce y significado al malestar hasta entonces latente y pasivo de amplias mayorías. Han relegitimado la

Josep Maria Antentas es profesor de sociología de la UAB y miembro del QUIT-Institut d'Estudis del Treball (IET)

Esther Vivas es miembro del Centre d'Estudis sobre Moviments Socials de la UPF

¹ Este artículo está basado en nuestro libro *Planeta Indignado*, Sequitur, Madrid, 2012.

protesta social muy a pesar de gobernantes y políticos que ven cómo su normalidad se altera profundamente. Incluso en aquellos casos donde el movimiento todavía no ha alcanzado a amplios sectores sociales y se limita por lo general a minorías militantes juveniles, como en EE UU, su propia existencia rehabilita la protesta y tiene un impacto en las conciencias y percepciones del grueso de los trabajadores, tal y como el movimiento de los derechos civiles hizo en los sesenta tras los oscuros cincuenta.²

Derrotar la ofensiva del capital requiere un largo proceso de movilización social sostenida y de reconstrucción política, social y cultural. Es lo primero que hay que comprender para evitar desengaños y desilusiones infundadas

La legitimidad social alcanzada por el movimiento indignado habla por sí sola. En el caso español su magnitud virtualmente no tiene precedentes desde la propia Transición, en términos de su masividad, arraigo y difusión territorial, impacto en la agenda política y simpatías entre la opinión pública. Según una encuesta de Metroscopia de junio de 2011, un 80% de los ciudadanos del Estado español consideraba que el movimiento tenía razón en sus reivindicaciones. Otra encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas en fechas similares llegaba a la conclusión de que más del 70% lo valoraba positivamente. Un año después, justo tras el primer aniversario en mayo de 2012 el apoyo a los indignados era, según una nueva encuesta, del 68%.³

En EE UU, aun siendo un movimiento de menor arraigo y desarrollarse en un contexto hostil y particularmente despolitizado como es la sociedad norteamericana, las simpatías que ha despertado en amplios sectores de la población son evidentes. Así, tres semanas después del arranque de Occupy Wall Street una encuesta de la revista *Time* señalaba que un 25% de los ciudadanos tenía una opinión del movimiento muy favorable, y un 29% favorable, mientras que una encuesta de *CBS/New York Times* constató que el 43% de los norteamericanos estaba de acuerdo con sus objetivos, frente a 27% que no.⁴ Su discurso entró en resonancia con el sentir y el pensar de una porción significativa de los trabajadores estadounidenses y da coherencia política e intelectual a las intuiciones de muchos de ellos en su percepción de la injusticia social y la naturaleza de la crisis. Casi un año después del

² D. La Botz, «From Occupy Wall Street to Occupy the World: The Emergence of a Mass Movement», *New Politics*, XXIII (4), 2012.

³ J. Lobera, «El 15M aumenta su apoyo ciudadano», *El País*, 19/05/12 [disponible en: http://politica.elpais.com/politica/2012/05/19/actualidad/1337451774_232068.html]

⁴ http://www.cbsnews.com/8301-503544_162-20125515-503544/poll-43-percent-agree-with-views-of-occupy-wall-street/ ; <http://www.mediaite.com/online/time-poll-occupy-wall-street-is-more-popular-than-the-tea-party/>

arranque de Occupy, aunque su momento de apogeo ya pasó, la brecha abierta aún está ahí y las luchas sociales han ganado nuevo impulso, aunque remontando desde muy abajo.

Más de un año después del arranque del movimiento el balance de lo conseguido es paradójico. El nuevo ciclo ha supuesto una «modificación brutal de la relación entre lo posible y lo imposible» en palabras de Alain Badiou,⁵ aunque en un contexto donde el movimiento se desarrolla en unas condiciones adversas y bajo una degradación muy fuerte de la correlación global de fuerzas y en las que tiene serias dificultades para conseguir victorias significativas. El 15M no ha conseguido fuerza suficiente para parar las políticas que provocaron su emergencia. En realidad éstas no han hecho sino endurecerse y profundizarse. El movimiento ha sido derrotado en todos los grandes combates concretos de este último año que ha disputado contra el *bulldozer* del capital financiero, aunque haya conseguido algunas victorias defensivas temporales secundarias (por ejemplo el bloqueo de desahucios en muchos barrios).

No hay que sorprenderse por ello. Derrotar la ofensiva del capital requiere un largo proceso de movilización social sostenida y de reconstrucción política, social y cultural. Esto es lo primero que hay que comprender para evitar desengaños y desilusiones infundadas. Muchos activistas nuevos tuvieron la sensación de fracaso por no haber conseguido “nada”, por no haber conseguido “cambiar las cosas” tras las ocupaciones. No basta ni tan siquiera con una deflagración social tan potente como la de mayo-junio para imponer un cambio de dinámica y de políticas. Hay que reconstruir otra correlación de fuerzas, y partimos desde muy abajo. Cambiar el mundo no es una tarea ni fácil ni inmediata. Es en realidad una carrera de fondo, un Maratón más que un *sprint*, una carrera de resistencia, de *endurance*. No estamos ante una “McCrisis” y no saldremos de ella con una “McResistencia”, una resistencia *fast-food*.

Tener en mente el largo camino que espera sirve, no para desanimarse ante la magnitud de la tarea, sino para redoblar ganas y esfuerzos, para entrenarnos mejor para nuestro maratón particular... que en cualquier caso será mucho menos duro que el destino que nos tiene reservado el capital. Contemplar el recorrido que nos falta para cambiar el mundo puede traernos vértigo, contemplar lo que nos espera si no lo conseguimos, sino lo intentamos, es simplemente como asomar la cabeza a un agujero negro. No hay futuro ahí.

Sin embargo, aún sin ser lo suficiente fuerte para atrancar la maquinaria de la austeridad, el estallido del movimiento ha hecho renacer la confianza y la esperanza en la capacidad colectiva para cambiar las cosas, en el “nosotros”, en poder ser sujetos activos, y no meros objetos pasivos de las necesidades del capital y su lógica del beneficio y la compe-

⁵ A. Badiou, «Una modificación brutal de la relación entre lo posible y lo imposible», *Rebelión* 26/06/2011 [accesible en: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=131163>].

tencia. Esperanza en dejar de ser las marionetas del 1%. Aunque pueda parecer poco esto es algo fundamental. La primera condición para poder cambiar el mundo es estar convencido de que se tiene el poder de hacerlo y confiar en una y uno mismo. Imaginar es la condición para hacer. La ilusión que el movimiento ha traído a aquellos que quieren «cambiar el mundo de base» es directamente proporcional a la inquietud que ha generado en los grupos dominantes de la sociedad, abruptamente interpelados por un nuevo actor que desafía su monopolio sobre los asuntos colectivos y la vida pública y cuestiona las definiciones oficiales de la crisis.

La falta de referencias políticas, históricas e intelectuales y de ejemplos prácticos pesa como una losa todavía en la solidez de la radicalización en curso

El 15 M ha comportado también un fuerte proceso de repolitización de la sociedad, aún contradictorio y limitado y partiendo desde un fondo de despolitización enorme, de recuperación del interés por los asuntos colectivos y también de reocupación social de un espacio público usurpado cotidianamente por los intereses privados. Ha significado un aprendizaje colectivo del ejercicio de la democracia y la auto organización. Nos ha enseñado a comenzar a «aprender a desaprender» para deshacernos de las ideas hegemónicas sobre la realidad y ha contribuido a difundir en la acepción gramsciana del término, un «sentido común alternativo».

Profundizando la indignación crítica

El movimiento de l@s indignad@s y los *occupiers* es plural y diverso. Coexisten en él críticas muy dispares y grados de radicalidad y de “conciencia” desiguales. No faltan en su seno ideas superficiales, propuestas tímidas o hasta equivocadas, e intentos de desviarlo hacia cauces moderados e incluso bastante inofensivos. Ha sido común señalar en el 15 M la existencia de dos “almas” o sensibilidades, una moderada y otra radical,⁶ ambas sin cristalización definida y con zonas grises y puntos de contacto. Aunque la primera tuvo en sus compases iniciales bastante visibilidad, y además se magnificó desde los medios de forma interesada, en particular en Madrid y menos en Barcelona, la propia lógica del movimiento fue dando más peso a sus componentes más radicales y portadores de una crítica más profunda, dentro de un movimiento general plural y diverso que presentaba aún en muchos aspectos, una «relativa indefinición»⁷ respecto a su carácter “antisistémico” en sentido

⁶ C. Taibo, *Nada será como antes*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011.

⁷ J. Pastor, «El movimiento del 15 M. Un nuevo actor sociopolítico frente a la dictadura de los mercados», *Viento Sur*, 15/03/12 [accesible en <http://www.vientosur.info/documentos/Art.%20Soc.pdf>].

estricto, pero esto sí en el marco de una confrontación frontal contra el binomio políticos-banqueros.

La conciencia política es contradictoria, fragmentaria y llena de incoherencias. Era fácil darse cuenta de ello en las plazas ocupadas y las asambleas de barrio. A menudo una misma persona puede expresar simultáneamente los peores prejuicios de la sociedad actual y las mejores ideas de igualdad y justicia social. Conciencia política y radicalidad además no son sinónimos mecánicos. Puede haber luchas muy radicales pero protagonizadas por sujetos aún con poca conciencia política. Y la radicalidad puede medirse en términos programáticos o en términos de las formas de lucha, cuestiones que no siempre van a la par. El movimiento del 15 M en su fase inicial tuvo un carácter muy disruptivo por su desafío al proceso electoral y sus formas de acción espectaculares con la ocupación del espacio público, y estaba cargado de una indignación moral inquebrantable pero no siempre acompañada por propuestas de radicalidad equivalente. La falta de referencias políticas, históricas e intelectuales y de ejemplos prácticos pesa como una losa todavía en la solidez de la radicalización en curso.

Las ideas fuerza del movimiento, sus consignas generales más relevantes, son un punto de partida, un arranque de una nueva etapa. Pero para dar consistencia al ciclo en ascenso es necesario avanzar en la definición estratégica, en la formulación de propuestas, en la comprensión del mundo en el que vivimos, de sus bambalinas y de sus misterios ocultos, de la naturaleza del enemigo, de sus fuentes de poder y sus flaquezas, de los procesos sociales, del pasado presente. Žižek⁸ señala cómo «las protestas han creado un vacío: un vacío en el terreno de la ideología hegemónica, y hace falta tiempo para llenarlo como es debido, porque es un vacío cargado de contenido, una apertura para lo Nuevo». Sin duda, necesitamos más que nunca imaginación anticapitalista, imaginación estratégica, imaginación indignada para rellenarlo de forma inteligente.

De forma errónea Zigmunt Bauman⁹ atribuye al movimiento de los indignados el ser sólo un movimiento emocional al que «le falta pensamiento», lo que le condena a ser algo efímero y sin futuro, pues «la emoción es inestable e inapropiada para configurar nada coherente y duradero». Sin duda, emoción no le falta ni le ha faltado al 15 M y a la rebelión indignada. Cualquier movimiento de masas se caracteriza por una fuerte carga emotiva y expresiva, por liberar la creatividad mutilada por la cotidianidad capitalista rutinaria de los individuos y por generar impagables episodios de vivencias colectivas. Pero Bauman se equivoca, primero, al establecer una distinción tan categórica entre la «emoción» y el «pensamiento» de un movimiento social, cuando en realidad ambas cosas van juntas y se entremezclan. Y, segundo, el negar cualquier capacidad de «pensamiento» al 15 M. Las acampadas, lejos de ser un car-

⁸ S. Žižek, «El violento silencio de un nuevo comienzo», *El País*, 16/11/2011.

⁹ Z. Bauman, «El 15M es emocional, le falta pensamiento» [declaraciones recogidas por Vicente Verdú], *El País*, 17/10/11.

naval emotivo, fueron espacios de febriles debates políticos, de intercambios de ideas (¡no todas interesantes, claro!), de organización de iniciativas políticas y de definición de estrategias para el futuro. Pensamiento, sin duda, no faltó, ideas, tampoco, propuestas, aún menos. Lo cual no supone que las ideas-fuerza emanadas por el movimiento no trajeran consigo una buena carga de confusiones, impases e inconsistencias en su crítica al mundo actual y en su formulación de una visión estratégica de cómo superarlo. No se trata de negar interés o capacidad de pensamiento al movimiento. Se trata de desentrañar las debilidades de su pensamiento para hacerlo más consistente como herramienta para transformar la sociedad.

La combinación entre la magnitud de la crisis y la brutalidad de las políticas de ajuste, unida a la incapacidad de los grandes partidos de izquierda y los sindicatos de presentar una alternativa reformista coherente, empujan a la radicalización social. Esta seguirá aumentando ante la constatación de la imposibilidad, a pesar de las luchas, de conseguir cambios concretos o de derribar los ataques que se suceden cada semana, y ante la sensación de que el “sistema” y los mercados son imperturbables, y de que no hay grietas ni ventanas en un sistema político secuestrado por las finanzas. La dinámica paralela de radicalización y ampliación del movimiento experimentada en su arranque inicial continuará, con altibajos, en las luchas del próximo periodo.

Eslóganes popularizados como «no es la crisis, es el capitalismo» o los cánticos «a-anti-anticapitalistas» de las manifestaciones muestran que existe una conciencia “antisistémica” genérica y un anticapitalismo difuso que impregna crecientemente a amplios sectores sociales y se expande entre la base social del movimiento y el “pueblo de las plazas”. El reto de fondo es rellenarlo de contenido programático y estratégico preciso, de dibujar los esbozos de un proyecto alternativo y de cómo alcanzarlo. El significado subjetivo de cánticos y lemas “anticapitalistas” puede ser muy vacuo y confuso y, por ello, fácilmente redirigible hacia opciones y alternativas muy poco “antisistémicas”. ¿Qué significa ser anticapitalista? ¿Cómo se combate el capitalismo? ¿Qué queremos y cómo lo conseguimos? Esta es la cuestión. No basta sólo con denunciar al “capitalismo”. Para profundizar el potencial transformador del movimiento es importante que esto vaya acompañado de una perspectiva programática y estratégica consistente. No de una perspectiva cerrada y acabada, un plan infalible de a dónde vamos y cómo, a modo de recetario o manual de instrucciones. Pero sí, al menos, necesitamos los trazos gruesos de buenas hipótesis de trabajo y esbozos de alternativas. Se trata, para ello, de que el propio aprendizaje de la lucha, la constatación de la incapacidad del propio sistema para satisfacer algunas de las demandas básicas, y la labor de los activistas anticapitalistas en el movimiento permita ir avanzando en esta dirección.

En el Estado español, en EE UU, etc., fueron interminables las discusiones sobre propuestas y demandas en las acampadas. Aunque en gran medida era un debate programá-

tico, *¿qué queremos?*, detrás del mismo aparecía también un incipiente debate estratégico, *¿hace falta o no pedir un listado de demandas?*, *¿es importante pedir algo y formular propuestas alternativas?*

La fuerza motriz inicial del arranque de la rebelión de l@s indignad@s es precisamente la indignación moral al sistema actual, este rechazo visceral y primario pero que empuja hacia la acción política. Esto no puede traducirse mecánicamente en un catálogo de reivindicaciones. Pero ser capaces de formular listados de demandas y de propuestas sirve para dar un mayor contenido concreto a las grandes ideas del movimiento y para definir mejor su significado y politizarlo más. Permite ilustrar y apuntalar mejor lo que para la mayoría de indignad@s son meras intuiciones y ayuda a desmontar la crítica fácil de que el movimiento no tiene propuestas, de que está compuesto por una tropa de exaltados o ingenuos bienintencionados. Y es útil para colocar en su sitio, marcando líneas rojas infranqueables, a las corrientes oportunistas, o simplemente inconsistentes, que pululan por intereses propios en torno al nuevo movimiento. Las simpatías interesadas hacia el 15 M de Rubalcaba, Chacón, Rosa Díez y demás casan muy mal con las reivindicaciones aprobadas en Sol o Cataunya. No parece tampoco que el programa de Obama en su campaña por la reelección vaya a encajar muy bien con las ideas que emanan de Oakland o Zuccotti Park. La concreción programática facilita, en otras palabras, fijar unas coordenadas para situarse y orientarse en el campo de batalla. Y para dificultar que el adversario nos lleve por donde no interesa.

Sin embargo, conviene no fetichizar el debate programático. Un listado de brillantes propuestas y medidas por si solo no sirve para nada. La aprobación artificial de grandes propuestas por el buen oficio de activistas bien informados carece de trascendencia si luego no son integradas y asumidas colectivamente de forma verdadera e integradas como parte de la actividad cotidiana de lucha colectiva. «Cada paso del movimiento real vale más que una docena de programas» señalaba Marx¹⁰ en su presentación de *La crítica al programa de Gotha*.

«A lo que hay que resistirse en esta etapa es precisamente a ese deseo de traducir rápidamente la energía de la protesta en una serie de demandas “pragmáticas” y “concretas”» escribía Žižek¹¹ en un artículo justo después del arranque y cenit de Occupy. Bueno, en realidad no hay problema alguno en formular demandas “concretas”, al contrario. Estas pueden ser la nacionalización de la banca, de las empresas energéticas y la suspensión del pago de la deuda, medidas no precisamente de bajo perfil o poco estimulantes. El problema estaba, sin duda, en lo de “pragmáticas”. No hay que confundir la necesidad de formular pro-

¹⁰ K. Marx, *Crítica al programa de Gotha*, Editorial Progreso, Moscú, 1975 [1875].

¹¹ S. Žižek, *op. cit.*, 2011.

puestas y reivindicaciones concretas con los llamados al “realismo”, a pedir “cosas factibles” y abandonar los grandes eslóganes y las grandes aspiraciones.

El debate programático debe entenderse como un paso en la concreción de la indignación presente y para fortalecer el contenido antisistémico de la imaginación creativa de los miles de personas que se sienten parte del movimiento. Debe plantearse como un paso para solidificar la crítica anticapitalista y no para descafeinarla, y como una palanca para favorecer la movilización callejera, no para desviarla en politiquero de despacho. Y, como bien señala el mismo Žižek, de lo que se trata es de ser capaces de formular demandas que, apareciendo de sentido común a buena parte de la población, como por ejemplo la cobertura sanitaria universal en el caso norteamericano, trastornan «la ideología hegemónica, es decir, que, pese a ser factible y legítima, en la práctica [satisfacer la demanda] es imposible».

Por lo demás quienes se ubican, dentro del propio movimiento o en sus alrededores, del lado de la “respetabilidad” institucional y de las aspiraciones a la corrección de los “excesos” del sistema deberían tener en cuenta que si alguna perspectiva política aparece hoy en día poco realista ante la voracidad rapaz del capitalismo financiero es precisamente esta. Los amos del mundo solo han aceptado reformas cuando la amenaza de la revolución, o mejor dicho cuando la credibilidad de su posibilidad (fuera real o no), ha planeado como un fantasma recurrente encima de sus cabezas.

Crisis de la política, crisis de la democracia

La capacidad del movimiento para marcar una hoja de ruta alternativa a los planes del capital financiero, para dibujar un destino alternativo para la humanidad, contrasta con el agotamiento estratégico e ideológico de la socialdemocracia, desprovista de cualquier agenda propia de salida a la crisis diferenciada de las fuerzas conservadoras y del propio capital. El PASOK de Yorgos Papandreu es su ejemplo más decadente. Atrás quedó ya cualquier veleidad reformista en un sentido de justicia social, que sólo aparece en forma de demagogia electoral o de oportunismo sin escrúpulos cuando se está en la oposición. «Hay una diferencia entre una izquierda inconsecuente y una derecha consecuente, la diferencia es que ambas hacen lo mismo, pero una dice que no», nos decía el subcomandante Marcos.¹² El programa económico de la socialdemocracia difiere apenas del de los partidos de derecha y aunque busque diferenciarse de esta en el terreno de los valores, la mujer, la familia, la sexualidad..., las tímidas medidas en estos ámbitos tomadas por los Gobiernos socialdemócratas se ven enormemente limitadas por sus propias políticas económicas neoliberales

¹² Subcomandante Marcos, «2ª reunión, palabra del EZLN», 14/08/2005 [accesible en http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/2005/2005_08_14.htm].

que las vacían por dentro. El caso de la famosa Ley de Dependencia del Gobierno de Rodríguez Zapatero es uno de los mejores ejemplos de ello.

Hoy, en el torbellino de la crisis, el agotamiento de la socialdemocracia recuerda al del liberalismo en los años treinta del siglo XX. Como señala Daniel Bensaïd, los escritos de Keynes a propósito del liberalismo histórico se aplican a la perfección a la socialdemocracia actual: «Los objetivos políticos que movilizaban a los partidos en el siglo XIX [reemplacemos por el siglo XX, *nota de Daniel Bensaïd*] están tan muertos como el cordero servido la semana pasada, cuando surgen las preguntas sobre el futuro, las que no han encontrado lugar en los programas de los partidos cuyos viejos programas cabalgan (...). Las razones positivas de ser liberal [reemplacemos por “socialdemócrata”, *nota de D.B.*] son bastante más débiles hoy. A menudo es sólo el azar de los temperamentos o de los recuerdos históricos, y no una divergencia política o un ideal propio el que separa hoy a un joven conservador progresista del liberal [reemplacemos por “del socialista” *nota de D.B.*] medio. Los viejos gritos de guerra han sido puestos en sordina o reducidos al silencio». ¹³ O, más bien, reducidos a la alternancia electoral mercantilizada. Al oportunismo “tacticista” de los sondeos de opinión.

El agotamiento estratégico de la socialdemocracia es la manifestación máxima de la sumisión de la política al mundo financiero, cuya evidencia creciente explica el aumento de la desafección respecto a la política institucional y el escepticismo hacia los representantes políticos. La crisis ha mostrado de forma cruda las falacias ideológicas del neoliberalismo y ha puesto al descubierto la verdadera naturaleza del sistema, cuya coartada se ha desvanecido. La sensación de vivir en una democracia secuestrada por el poder financiero, los mercados, las agencias de *rating*... se ha generalizado. La subyugación de la política a manos de los intereses del poder financiero, y la implosión *de facto* de los mecanismos de participación democrática institucional agudizan la «crisis de representación» de las y los trabajadores y las capas populares que se viene fraguando y acentuando en las últimas tres décadas de neoliberalismo, adaptación social-liberal de la socialdemocracia, y descomposición del movimiento obrero.

Si la política desaparece en beneficio de la imposición mecánica de los intereses privados del capital es la democracia quien también se evapora, pues «el presupuesto de la democracia, es la política». ¹⁴ La crisis provoca una verdadera descomposición de los espacios democráticos liberal-burgueses tradicionales, cuya mayor expresión han sido los «golpes de Estado financieros» en Italia y Grecia con la imposición de los Gobiernos de Monti y Papademos. La supeditación de la política al capital se mezcla con las lógicas imperialistas

¹³ D. Bensaïd, «Y después de Keynes, qué», *Viento Sur*, 106, 2009, pp. 86-104. La cita de Keynes corresponde a su obra *El final del laissez-faire* (1926) [accesible en: <http://www.eumed.net/coursecon/textos/keynes/final.htm>].

¹⁴ D. Bensaïd, «El escándalo permanente» en AAVV, *Democracia en suspenso*, Casus Belli, Madrid, 2010.

y neocoloniales Norte-Sur, condensando así la crisis de la democracia parlamentaria liberal en los países de la periferia europea, sometidos al chantaje de las finanzas internacionales y de la Troika. La toma del mando directamente por el poder financiero, poniendo a figuras (en su mayoría hombres) emanadas de las finanzas y la banca al frente de Gobiernos y ministerios clave es una señal muy clara.

La crisis de la democracia liberal se expresa esencialmente por el vaciado *de facto* de la voluntad popular y del significado, el sentido y la utilidad del voto. Aun así existen en paralelo mecanismos directos para impedir el derecho al voto de amplios sectores de la población. Ambas dinámicas se complementan. En EE UU, por ejemplo, varios Estados han introducido nuevos requisitos para ejercer el derecho a voto, como la exigencia de un documento de identidad para los votantes, que para obtenerlo es necesario acreditar el carné de conducir, los datos bancarios u otros... de los que carecen un 10% de los votantes, en particular los de origen más humilde o las minorías étnicas.¹⁵ Y en la Unión Europea asistimos inexorablemente a la normalización estructural de una democracia electoral con una capa creciente de inmigrantes sin derecho a voto, de ciudadanos de segunda categoría que asisten a las contiendas electorales como espectadores de una función, las decisiones de cuyos actores sí les afecta.

La deslegitimación del poder político y de la clase política se acentúa a medida que recortes y chantajes financieros avanzan, aunque se expresa todavía más en forma de malestar y pérdida de confianza que no todavía en un rechazo activo a las instituciones existentes, con la excepción del caso griego donde la élite político-financiera ve descomponerse las bases de su hegemonía por el brutal impacto del ajuste estructural y la supeditación neocolonial. El sistema de partidos, aún desgastado, todavía resiste en nuestro país y no ha estallado como en Grecia. La crisis económica y social aún no se ha transformado en crisis política generalizada.

Más de tres décadas después del inicio de la reestructuración neoliberal, en medio de la "gran crisis" del 2008 y desaparecidas ya las causas que llevaron a los compromisos fordistas y keynesianos, las conquistas democráticas, en paralelo a las sociales, se evaporan ante nuestros ojos. Se escurren irremediabilmente como arena entre nuestras manos. La aplicación de las medidas de ajuste requiere el vaciado por dentro de los mecanismos democráticos. El aumento de la represión y las lógicas de excepción son el correlato de esta situación donde el avance del Estado penal ha ido en paralelo al retroceso del Estado social.

La dinámica general de la crisis desemboca en una involución oligárquica y plutocrática de los regímenes parlamentarios liberales que acelera y transforma cualitativamente un

¹⁵ J. Fontana, «Más allá de la crisis», *Viento Sur*, 23/02/2012 [accesible en: <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=4914>].

largo proceso de desdemocratización al servicio del gran capital, iniciado hace décadas con el ascenso de lo que Gerardo Pisarello¹⁶ llama el «Termidor neoliberal».

Ante este escenario el movimiento de l@s indignad@s y los *occupiers* simultáneamente expresa una fuerte aspiración de democracia, sintetizada en la consigna «¡Democracia Real Ya!» y supone en sí mismo un ejercicio democrático de recuperación de la política, que se desarrolla en un contexto de crisis de la representación política. Ante la degradación y vaciado de las democracias parlamentarias de mercado, expresa, como señala Philippe Corcuff, una «resistencia democrática ante la política profesional representativa que confisca la democracia real».¹⁷ El movimiento pide democracia y es en sí mismo democracia. Aspira a democracia y ejerce democracia. Sin embargo, el contenido concreto de dicho anhelo democrático es impreciso y poco definido, como no podía ser, por otra parte, de otro modo, y se basa en una aspiración a la justicia social y a la voluntad de ser partícipe en la toma de decisiones hoy monopolizada por la política representativa profesional al servicio de la élite económica. Profundizar su contenido, en un sentido de mayor claridad estratégica y radicalidad anticapitalista, es como ya hemos señalado anteriormente uno de los retos pendientes para solidificar la razón indignada.

Encrucijadas

Una crisis es un punto de inflexión, marca un antes y un después. Pero el “después” no está trazado de antemano, depende de las relaciones de fuerza entre clases sociales y grupos sociales. La rueda del capitalismo embarrancó en el fango y la maquinaria no consigue arrancar de nuevo. El vehículo puede tomar muchas direcciones, tiene varios caminos ante sí. Todas las crisis se han saldado con una reorganización de las relaciones sociales. La historia del desenlace de la presente crisis no está escrita ni trazada de antemano. Marca un itinerario abierto, lleno de bifurcaciones y encrucijadas, de vías muertas y falsos atajos.

La crisis contemporánea señala una “gran transformación” del mundo, la reorganización política y social del planeta cuyos efectos se inscriben en un ángulo de tiempo largo. Como bien afirma Josep Fontana:¹⁸ «Lo que se está produciendo no es una crisis más, como las que se suceden regularmente en el capitalismo, sino una transformación a largo plazo de las reglas del juego social, que hace ya cuarenta años que dura». Y la batalla más decisiva para fijar las coordenadas del mundo del mañana, sin duda, se libra en Grecia, donde se atraviesa una crisis político-social sin equivalente en el resto de la Unión Europea.

¹⁶ G. Pisarello, *Un largo Termidor*, Trotta, Madrid, 2011.

¹⁷ P. Corcuff, «Pour reprendre vie, la forme parti devrait se faire plus expérimentale et mobile» [entrevista], *L'Humanité*, 18/11/2011.

¹⁸ J. Fontana, *op.Cit.*, 2012.

El futuro que han trazado para nosotros los amos del mundo está bastante claro. Aunque no tengan ningún “plan perfecto” ni hoja de ruta sólida, y vayan sorteando en permanencia nuevas contradicciones sobrevenidas, su objetivo es reorganizar las relaciones sociales en su conjunto en beneficio del poder empresarial y financiero, eliminando las regulaciones sociales existentes y cualquier tipo de traba a su dominio sin límite. La oligarquía financiera, ese simbólico 1% que señala Occupy Wall Street, para salvarse a sí misma y mantener y reforzar sus privilegios está decidida a sacrificar los intereses de la mayoría de la sociedad. Lo que persigue es un cambio de modelo social que empuja hacia una lógica de “tercermundización” de las sociedades europeas, en particular las euromediterráneas, en términos de desigualdad, polarización, deterioro de las condiciones laborales, degradación de los servicios públicos y participación política.

Las resistencias en ascenso marcan un destino alternativo. Dos opciones antagónicas se confrontan. Dos lógicas chocan entre sí, la del capital financiero contra la de l@s indignad@s. “Irreconciliables”. “Irreductibles” como nos diría Daniel Bensaïd.¹⁹ Ambas marcan dos hojas de ruta contrapuestas para la humanidad.

Nuestro futuro será muy distinto en función de cual prevalezca.

¹⁹ Bensaïd, D. *Les irréductibles. Théorèmes de la résistance a l'air du temps*, Textuel, París, 2001.